

ARRECIFES DEL SUR



Autor: Natasha Perdomo Bermúdez

Copyright -Canadian Intellectual Property Office- May 1998

*...Tremenda y deslumbrante la aurora me mataría
si yo no llevase ahora y siempre, otra aurora dentro de mí.
También nosotros ascendemos, deslumbrantes y tremendos
como el sol. También nosotros, alma mía, encontramos lo nuestro en
la calma y en la frescura del alba...*

Walt Whitman
(Canto a mí mismo)

Caminó entre las sillas metálicas, en dirección a la ceiba. Cruzando la calle estaba el antiquísimo teatro. La puerta estaba cerrada.

Nery buscó entonces un lugar fresco en dónde sentarse. El sol exprimía a los turistas que atravesaban el parque a esa hora, haciéndoles transpirar abundantemente. Emanaban manchas en los sobacos de sus camisas y se empapaba la tela sobre a una docena de barrigas y espaldas grasientas.

Ella imaginó cómo debían oler. Una mezcla de perfume, desodorante y cremas; olor inconfundible a europeo percutido. Lo que Raimundo acostumbraba a llamar “grajo remoja’o en palangana”, por aquello de que en las películas a menudo se veían personajes sudorosos dándose una remojada apurada de sobaco y mordiendo un cepillo de dientes; para luego salir corriendo hacia la puerta mientras se vaciaban un spray de perfume corporal.

Los cubanos no podemos imaginar lo que es ducharse una vez a la semana o lavarse la cabeza cada tres días. Cuando el sol aprieta en el Caribe, no hay otra manera que irse a refrescar aunque sea en las aguas de la costa si no hay agua corriente en el vecindario o si se rompe el motor de la sisterna que abastece al edificio. Hay gente como Raimundo, que tiene un olfato histérico...*Huelen a cojón de oso afeminado*, le dijo un día en la playa, cuando pasaron por delante de un grupo de rubios que bebían mojitos bajo una sombrilla...

El calor era insoportable, por lo que decidió cruzar por encima del césped. Entre las raíces de la ceiba había unos centavos dispersos, pedazos de coco, cáscaras de huevo, un pollo muerto metido en un cartucho. La cabeza sobresalía con el pico abierto en medio de un reguero de plumas sanguinolentas. Nery se alejó hasta alcanzar uno de los bancos de madera y hierro moldeado. Desde allí podía escuchar el cántico que salía de la catedral y se mezclaba con el agua de la fuente de piedra. Necesitaba aliviarse un poco del stress que le producía la capital.

Hacía un par de años que se había mudado para el mismo corazón del Vedado. Ese no era ya el barrio elegante y tranquilo de décadas atrás. El edificio en donde ahora vivía era como un inmenso solar de ocho pisos de concreto en donde la gente subía y bajaba por unas escaleras de mármol pegajoso, llenas de orine y caca de perro. El elevador enrejado se manejaba con su palanca

original, pero siempre estaba roto. Los ventanales cada día amanecían mutilados y las paredes con nuevas rajaduras.

De cualquier manera era mucho mejor que el edificio de Centro Habana en donde vivía antes. Aquella otra mole de cemento estaba a punto de caer de un momento a otro arrastrando consigo a las tres familias de los pisos intermedios, a las tres que vivían en la azotea y sepultando a las cinco familias que vivían en el solar de la planta baja. El cuarto de Nery daba al Malecón. El salitre y el viento habían socavado los ladrillos de toda la pared trasera, de manera tal que se le podía atravesar con una puntilla presionada con los dedos, como una tachuela. Nery colgaba afiches y lienzos para tapar las rajaduras y el descascaramiento de las paredes.

Su cuarto estaba siempre repleto de amigos que le visitaban y se tendían a todo lo largo del piso a leer, a fumar y a tomar café, mientras ella escribía en su vieja máquina Underwood. El cuartico lleno de humo y ellos robándole el tiempo y sus ideas; pero aun así ella les dejaba estar. Algunos ni siquiera tenían qué comer en sus propias casas o sus padres les habían echado por aquello de que *“un artista no sabe cómo ganarse la vida”* y que eran unos *“abominables peludos,...inútiles a la sociedad”*

El año anterior a la mudada y durante una espantosa tormenta, toda su familia se había refugiado en la habitación más cercana al balcón y a la escalera de salida. Se escuchaba el rugir del mar embistiendo el muro del Malecón y las tejas, ladrillos y planchas de zinc del vecindario chocando contra el cuarto. El agua entraba por las grietas y corría a todo lo largo de la pared. Las persianas podridas fueron arrancadas por una ráfaga y se destrozaron contra la pared del pasillo, flotando luego a todo lo largo hasta llegar a la sala, trayendo consigo afiches, su colección de hojas de yagrumas secas, su última novela... o más bien, el masacote de las casi doscientas sesenta y ocho páginas que había escrito durante más de tres años, tecleando sobre una cinta bicolor casi translúcida y agujereada. Nery dejó de escribir. La vieja máquina se oxidó finalmente con el salitre y la profesora de inglés, que sacaba todo el material de oficina de la escuela en donde trabajaba, ya no pudo abastecerle de papel y lápiz.

Sus amigos venían a ver el desastre de aquella habitación con sus paredes aun más descascaradas y húmedas. Ahora pasaban además horas enteras quejándose de todo. Como si la vida fuera sólo

eso, quejarse y recordarle a los demás de que son absolutamente miserables. Nery comenzó a sentirse también un poco parte de aquella miseria colectiva. No podía esconderse más dentro de su mundo de papel.

Entonces empezaron los sueños. Todas las noches soñaba que despertaba en medio de un cuarto sin paredes. Desde el centro de su cama, en lo alto de la ciudad, se entretenía en adivinar en dónde estaban las casas de todos sus amigos guiándose por las luces alineadas a través de las avenidas o por la perfecta visibilidad que le proporcionaba la intensa claridad de la luna llena. Nery hacía girar la cama con la fuerza de su mente, colocándola de frente al Sur y siguiendo el rastro de las estrellas fugaces que circulaban sobre la atmósfera de su sueño...

Cuando fue a vivir para el Vedado, pensó que las pesadillas desaparecerían. El edificio tenía fama de ser tranquilo y según referencias allí sólo vivían artistas, gente que era famosa en la radio, la televisión, el cine o el teatro. Nery recuerda que el primer día cuando bajaban los muebles del camión, se tropezó con una actriz muy popular en aquel entonces y que aparecía en casi todas las telenovelas transmitidas por la televisión cubana. Iba chancleteando por las escaleras, desmaquillada, desgñada y borracha como una uva a esa hora de la mañana. Nery identificó de inmediato la imagen del edificio con la casa de huéspedes en donde se alojaba Papá Goriot y le encontró encanto de novela a su nuevo piso.

En uno de los apartamentos del último piso, vivía la mujer de un actor de teatro. Envuelta en túnicas blancas y collares de santo, todas las mañanas daba de comer al gallo prieto que criaba en su balcón y que cagaba la ropa limpia que colgaba de todos los balcones hacia abajo, incluyendo la suya. Su marido vivía alquilado en un cuarto del propio apartamento y mantenía buenas relaciones con ella, aunque hacía mucho tiempo ya no tenían vida marital. Tanto ellos como sus hijos, acostumbraban a dar unos festejos espectaculares, que duraban toda la noche con música a todo meter, comidas, bebidas y otras extravaganzas, no comunes en cualquier otra casa cubana. Hacía poco, habían celebrado una orgía descomunal en medio de la cual “desapareció” la pistola del actor y un file con documentos secretos de las oficinas para donde trabajaban ambos. Los oficiales estuvieron buscando luego por todo el edificio, registrando los apartamentos de los vecinos e interrogando . Pero, aunque nunca se supo en qué paró todo aquello de la pistola y los informes perdidos; a los pocos días la señora salía con su turbante, sus collares y sus túnicas

blancas; montaba en su lada con chofer privado y era conducida a su nueva oficina en uno de los centros turísticos más concurridos de la Habana. Nada, cosas del realismo mágico de este país. La gente se mimetiza y trasforma en lo que le dé la gana; aunque a veces también en lo que los convierten. .. Como los vecinos de al lado, hijos de otro gran personaje; que también tenían sus grandes parrandas y se armaba un tremendo despelote de turistas revueltos con los dos hermanos y luego con los amigos e hijos de la señora de los collares; hasta hacerse tan pequeño el cuartico que las patadas retumbaban en las paredes, por encima de la música.

Nery huía hacia la paz cienfueguera, en donde podía finalmente concentrarse en trabajar y evolucionar como Dios manda al lado del mar y de sus aguas tranquilas. Así que no quería pensar más, ni recordar a aquella turba de jineteros encocainados ... aunque, de todas maneras, y antes de sacudirse totalmente del veneno de la ciudad, imaginó al gallo de la vecina metido en el cartucho debajo de la ceiba.

Le fascinaba la historia y la arquitectura del viejo teatro. Lugar que tantos buenos recuerdos traía a los cienfuegueros hasta hacía unas décadas; antes de que el local se convirtiera en un espacio más bien para ensayos de grupos aficionados, con sus coreografías al son de canciones de moda y bailes importados.

Sin embargo, estaba allí con todo su esplendor a pesar del tiempo y de que su fachada se deshacía bajo las intensas lluvias tropicales mezcladas con el salitre impregnado en sus relieves y el calor perenne de la costa sureña. El edificio enfrentaba la imponente majestuosidad del Ayuntamiento, cuya cúpula enorme lanza una sombra pareja y redonda sobre el discreto Casino Español. A un costado la catedral de piedra, que fue construida como iglesia parroquial bajo la advocación de la Purísima Concepción en Abril de 1833.

Su tía-abuela Ayoya se había sentado en uno de los bancos del parque la noche en que cantaba Caruso. La espléndida voz sobrevolaba desde el escenario por encima de la platea y excedía más allá de las paredes del teatro hasta caer como lluvia fina sobre los jóvenes sentados en el parque.

Sin embargo, en la generación de Nery quedó grabada la noche en que se ejecutaba el concierto de un grupo de música rock traído de algún país del antiguo Campo Socialista. Para los jóvenes

cienfuegueros la música se había convertido en una alianza, una seducción -no necesariamente erótica- que una vez aparecida obligaba a firmar un pacto de sangre. La música disfrutada con el volumen bien bajo y prestos a cambiar la emisora al escuchar los pasos del vecino..."doblí-yí-bi-ésss, Mayami..." se había convertido más bien en una especie de enfrentamiento con el medio y sus imposiciones. En emisoras locales solamente se transmitía interpretaciones nacionales y el tono sombrío de sus locutores creaba una especie de resentimiento en los que escuchaban a continuación alguna Guajira o balada empolvada en los archivos y que de tanto repetir en los mismos espacios radiales ya se sabía de antemano en qué momento la aguja saltaría y durante unos segundos estaría repitiendo el mismo compás con un sonido seco a cada intervalo. Los jóvenes se sumergían en la oscuridad de sus cuartos deslizando cables viejos y retorcidos que se enmascaraban desde los rincones y salían como antenas improvisadas sobre los ventanales. El chirriar de la sintonía se esclarecía hasta quedar en primer plano la increíble voz de Freddy Mercuri envuelta en la magia de la instrumentación y las voces del resto del grupo. La nostálgica armonía de Chicago, las trompetas de Tierra, Viento y Fuego, la levitación en Pink Floyd...

Nery trató de explicarse qué relación puede haber entre la buena música y la ideología. A pesar de todo Freddy Mercuri siguió cantando con toda su homosexualidad; como mismo años más tarde cantara, en el mismísimo teatro de la ciudad y sobre el mismo tablancillo en donde medio siglo atrás cantara Caruso; un cantante popular y por supuesto nacional, de aquellos que ya no les queda más voz que para las adulaciones; quien dedicó su repertorio y específicamente su nueva composición a los homosexuales en medio de un público que le gritaba: "Peeerro,... Perríísimo..."

Específicamente durante la noche que Nery recordaba, sus amigos y ella habían estado inclinados sobre las gradas del tercer piso del teatro abarrotado. No les quedó otra alternativa que recurrir al "gallinero" y permanecer allí desde que comenzó el concierto. El público trataba de reaccionar de la misma manera que suponía fuera la enardecida acogida a los acordes de la electrónica en los grandes estadios de Norteamérica. "*Mi primo estuvo el año pasado en un concierto que dieron los Rolling y dice que hasta las mujeres se quitan la ropa y que gritan como locas, enmariguanadas, cayéndose de los hombros de los hombres...*" -comentó Audi desde el banco posterior al que se encontraban Carla, Luisa y ella. El desenfreno comenzaba a burbujear entre las gradas. A su lado, una pelirroja con zapatos de plataforma y minifalda, sostenía una botella sin etiqueta mientras buscaba en la cartera un frasco de pastillas minúsculas y se las tomaba de un sorbo al compás de

la guitarra prima. Cuando se incorporó el sonido del piano electrónico, arqueó la espalda y se empinó el resto del aguardiente destilado en alambiques caseros. Audi la miró con asombro, sin poder apartar la vista de aquella boca que succionaba el pico de la botella con avidez hasta terminar el último trago.

Ella, la pelirroja, comentó con voz estropajosa: “Sabes, no es mala idea eso que dice tu primo. Aquí hace mucho calor en este gallinero de mierda”. Y rasgó su vestido mientras se encaramaba encima de la luneta, intentando mantener el equilibrio, contorsionando el cuerpo como si danzara sobre la pasarela de un club de danzas exóticas y hacía ondear aquella tela roja por encima de su cabeza -roja también- con ojos extraviados y la boca sedienta, con aliento a brillantina en un metro a la redonda.

Nery evoca la escena como un cuadro congelado de una tira fílmica, cada vez más nítido a través de los años y en el cual pudo analizar los detalles de lo que ella llamaría en lo adelante "La Libertad guiando al pueblo... en rojo" -con perdón de Delacroix.

Y las "gallinas" se alborotaron y se armó un gran jaleo entre los "gallos". La multitud danzaba sobre los asientos de terciopelo y la música rebotaba contra la cúpula del teatro y se mezclaba con los alaridos que salían por entre las grietas y verjas que conducen a los salones de entreactos. Un torbellino que transita por los corredores abovedados chocando contra capiteles, sacudiendo el polvo de oquedades, larvas de la madera centenaria que escapan aterrorizadas y se lanzan suicidas sobre las cabezas de los poseídos de largos cabellos; que giran a su vez como molinos de aspas multicolores. Siglos en la memoria ancestral danzando alrededor de la hoguera, sobre un pie, luego sobre el otro; con bocas abiertas y sonidos milenarios. Mujeres cabalgando desnudas sobre sus respectivos centauros, entre tanto ocurre una versión clásica sobre el tabloncillo..."smoke on the water, is fire in the sky..." y todos saltando sobre los asientos "... ta-ta-taaan, tantan tantaaan..." al compás de la guitarra. Todo lo justo y lo injusto traducido a la expresión más natural del hombre que mezcla la furia y el placer al abrirse el pecho en busca de la libertad. Un grito común, que hacía estremecer a los transeúntes y enamorados que merodeaban por entre los árboles de la Plaza de Armas, hoy Parque Martí.

Nery imaginó que cualquiera de ellos podría contar a sus nietos en el futuro; que tuvo la

oportunidad de escuchar desde uno de los bancos y bajo las estrellas, el estampido de una tristeza que comenzaba a florecer en aquel minúsculo punto del planeta. Quizás, la descripción más acertada de aquella noche bien pudo ser tomada como fragmento de una interpretación barroca del Descenso de Dante a los Infiernos, con todos sus círculos resumidos en un solo acto; pues llegaron las "jaulas" para recoger a "gallos y gallinas" alebrestados. A golpes de porra y empujones, cabellos atrapados por manos ágiles que fueron desalojando el teatro; que estuvo crujiendo durante toda la noche.

Aquellos músicos pudieron pertenecer a una agrupación barata y nada excepcional en cuanto a melodía se refiere, con un ridículo repertorio de interpretaciones propias y otro tanto de versiones pésimas concebidas a partir de éxitos internacionales que estaban en boga y el incidente aportó a la historia de la ciudad no más que otra de las casuales anécdotas devenidas de aquellas famosas giras fraternales. Sin embargo, transformó a su generación y comenzaron a exigir que se les tuviera en cuenta. A pesar de todo, años más tarde todos ellos sabrían también valorar la música autóctona y saborear, por ejemplo, el ritmo de un Tres y unas maracas, interpretados por un grupo de viejitos olvidados que se hizo sonar alrededor del mundo entero.

Nery, observa ahora a los turistas agrupados alrededor del guía que parlotea un discurso aprendido de memoria y repite, deteniéndose en las mismas palabras, ensalzando otras, cambiando inflexiones; como un declamador programado. Una sola pregunta de algún turista curioso -o bromista- acerca de la arquitectura, la historia o de algún detalle fuera de su programa, le pudiera hacer recordar súbitamente, que se han retrasado demasiado y que ya es hora de regresar al hotel en donde les espera un succulento almuerzo de mariscos y frutas tropicales.

Luego, el corre-corre maratónico hasta el ómnibus mientras se quitan de encima a niños (y no tan niños) que les exigen con mano extendida, halando carteras y mangas de camisas justo frente al edificio del Poder Popular. Un enjambre que gana intensidad a medida de que los turistas corren desperdigados entre las callejuelas asfaltadas del parque con sus vericuetos, enrejados y jardines que desembocan en la glorieta en donde se interpretan las retretas tradicionales cada domingo. Su cúpula de tejas cobrizas resulta la señal más cercana al lugar en donde está aparcado el ómnibus, con sus amortiguadores y aire acondicionado; que les permite observar la realidad a través de cristales ahumados y música instrumental de fondo.

Nery se imaginó viajando en uno así, a través de las calles del Cerro entre La Güinera y El Platanito; con sus casas y edificios destruidos por el tiempo entre un reguero de escombros y cabillas. Al fondo de esta imagen, la Obertura para la tragedia Egmont, de Goethe interpretada por el mismísimo Beethoven. Todo en color ámbar. Y los negritos corriendo al lado de los cristales, con los dientes y el alma afuera; mientras la gente dentro del ómnibus queda fascinada con la “sonrisa” de estos niños felices y fraternales que viven en lugares de tanto "swing" en donde las casas conservan lo antiguo, el bronce de sus aldabas y los enrejados; así como paredes que son capaces de abrirse en dos y dejan aflorar helechos entre sus grietas, como si parieran impudicamente a la luz del día frente a los rumberos jugadores de dominó de cada esquinas .

Escenas vistas también a través de ojos de turistas que vienen huyéndole al frío y sus nevadas y que a menudo regresan con recuerdos captados a través del cristal. Ellos tampoco pudieron entrar al teatro. Estuvo cerrado toda la mañana.

La gritería infernal de una docena de adolescentes la sacó de sus pensamientos. Emergían desde la boca de lo que anteriormente había sido la escuela de los Jesuitas y que ahora era una escuela secundaria. Los niños corrían en desbandada y se desbordan por todo el parque.

La situación se tornó aplastante. Una francesita había sido atrapada contra la pared del autobús. Muy cerca de la puerta tuvo encima una veintena de brazos, hasta que minutos más tarde fuera rescatada por un viejo que caminaban absorto en lo que sucedía y que fue propinando bastonazos, abriendo paso al chofer; quien jaló finalmente a la muchacha, barriendo con su cuerpecito de piel casi transparente a toda la turba. Las puertas cerraron y el ómnibus salió despavorido. Quedaba atrás la voz del guía que casi gritaba que era demasiado tarde y que tenían que llegar al hotel para almorzar en el tiempo previsto... Tras los cristales, un amasijo de rostros pálidos y desencajados.

Nery siguió con la vista la polvareda dejada tras las gomas sobre el asfalto en donde aun se debatía la turba destripajando el bolso de la turista. Al menos mi generación mostraba su agresividad de otra manera –pensó. Pero eran otros tiempos y otras las necesidades.

Trató de acordarse cuándo había sido la última vez en que se había efectuado algún concierto en el teatro de la ciudad y qué tipo de música había sido interpretada. No lo recordó. Cuántas sitios

existían ahora al alcance del salario de un simple obrero y en la misma moneda con que se le pagaba. ¿En dónde satisfacer las necesidades espirituales y físicas de los adolescentes de esta otra generación que viste minifalda y se inclina sobre la ventanilla de un auto cualquiera, seduciendo a turistas, con el cabello revuelto a punto de hacer ondear también un trozo de vestido rasgado en medio de las avenidas...

Levantó la vista, un grupo de muchachos se marchaba enarbolando rastros de la cartera atados a la punta de un palo. Nery recordó una escena de El señor de las moscas y pensando en moscas, el subconsciente le hizo mirar al pié de la ceiba en donde la otra mitad de los niños se debatía por los centavos del gallo sanguinolento.

Frente a la fuente de piedra se había sentado el viejito del bastón, que se secaba el rostro y mascullaba indignado. Vestía de traje, apoyado en una vara cuya empuñadura reflejaba destellos dorados bajo la luz del sol. Del chaleco pendía un reloj de ribetes dorados también, que le regalara su padre hacía muchos años. Alrededor de este anciano de pequeña estatura, pelo oscuro y bigote estilizado, se percibía una aureola azulada -como un huevo enorme- que lo colocaba en una dimensión sólo vista en el fondo de los cuencos o en un reflejo de plata. Nery reconoció esa imagen y le identificó con una foto muy vieja impresa sobre un espejo pequeño, con pinceladas de oro puro sobre el cristal, que su tío Francisco conservó en algún lugar de la casa, hasta que años más tarde entregara -junto con otras fotos, documentos y antigüedades de la familia- al primo que vivía en el Norte.

Juan Nepomuceno, su bisabuelo materno, acostumbraba a sentarse cada tarde en uno de los bancos de la Plaza de Armas y desde allí se remontaba a sus años mozos. Unos años después de haber sido colocado el reloj de la Catedral y aún de haber marcado cada segundo en que las agujas fueron girando sobre la blanca pared, oraba porque apareciese de nuevo aquella imagen de ángel bajo el velo con fragancia de flores remotas y destello azul. Dedicaba un tiempo a leer las noticias del periódico local. La guerra devastaba los campos y la situación del país se recrudecía. Cienfuegos, que dependía del puerto y del traslado de mercancías a través del ferrocarril se veía frecuentemente afectado. La guerra de independencia había costado no sólo la pérdida económica, sino también la pérdida de miles de personas en todo el país. Gran parte de los ingenios azucareros estaban destruidos y los campos abandonados. La Junta de Información que se

celebrara en España y en la que participaron delegados cubanos, fue todo un fracaso. Se determinó el aumento de los impuestos que debían pagar los ciudadanos, contrario a las verdaderas propuestas que planteaba la Comisión. El siete de Febrero, muchos habitantes de Cienfuegos se lanzaron a la manigua bajo las órdenes de Adolfo Cabada, Juan Díaz de Villegas, Félix Bouyón, Jesús del Sol y Luis de la Maza; que pertenecían a la Junta revolucionaria, de los que también formaban parte Don Juan Barrios, Don Rafael Cueto, el gallego Don P. Inzua, Don Agustín y Antonio Díaz de Villegas.

Juan Nepomuceno leía las noticias que provenían de otras partes del mundo a través de los más de quinientos barcos que entraban en el puerto de la ciudad cada año. La realidad nacional también llegaba a través de la vía ferroviaria que había quedado inaugurada apenas cuando él había cumplido dos años el 19 de Noviembre de 1860. A pesar de la corta edad, recuerda la majestuosidad del espectáculo y cómo la multitud, en medio gritos jubilosos, despedía a los más osados que se aventuraban en aquel recorrido extraordinario hasta la ciudad de Santa Clara. También recuerda el vapor emitido por la locomotora a ras de su estatura y la frialdad del cristal contra el que oprimía su naricilla viendo pasar la prisa de los campos con sus vacas y riachuelos bordeados de palmeras. Sus padres Juan Bautista y Mercedes se habían trasladado días antes desde la ciudad de Trinidad hasta Cienfuegos. En aquel entonces estaban gestionando la posibilidad de establecer residencia en ella y aprovecharon la nueva vía para visitar Santa Clara y regresar luego a la ciudad natal...

Nery sintió el aire suave que provenía del mar y un sonido de bajo profundo, como un trombón. Voy a tener que consultar esto con Leo. Estoy tomando muy en serio mis ejercicios de meditación - se dijo; mientras la figura del bisabuelo se dirigía en dirección al muelle en donde acababa de atracar el Vapor que traía las últimas noticias de lo que acontecía durante aquellos años de la guerra.

El fabuloso teatro que tantos recuerdos traía a los cienfuegueros quedó allí, con sus enormes puertas cerradas; mientras ella se iba calle abajo "... *smoke on the water, is fire in the sky... tatataaan tantan tantaaan...*"; justo por la misma avenida por donde aún el polvo hacía espirales en dirección al sol.

(Capítulo I)